

EL TIGRE Y LA ZORRA.

LEYENDA TRADICIONAL.

CAPITULO V.

RUIDOS POPULARES.

Al pié de la misma casa
y á poco mas de las nueve,
turba plebeya y curiosa
se agita confusamente.
Dividida en grupos varios,
cómenta, escucha y refiere
del suceso de aquel dia
las versiones diferentes;
y sin duda no es el lance
de la mas vulgar especie,
pues tanto su narracion
le interesa y le suspende.
Si en la region de la duda
flotar mas tiempo no quieres,
mézclate lector conmigo
entre esos grupos, y atiende
los rumores que circulan
entre la agitada plebe.

—¿Con que le viste?

—Lo mismo

que te estoy viendo, Gil Perez,
bañado en sangre y cosido
á puñaladas el vientre.

—¡Mientes!—esclamó una vieja,
al que así habló dirigiéndose;—
yo le ví esta misma noche
por los espacios cernerse
llevado en ancas del diablo.

—Calle la bruja.—

—¡Insolente!

[Cuando digo que lo he visto!

—Fuera de aquí.—

—Son chocheos.

—¿Mas no se dice la causa
de tan extraño accidente?

—Bien clara está: prolongar
la ejecucion del Maestro.

—No debe el rey consentirlo.

—¡Es una infamia!—

—No siempre

se han de salir con la suya
esos nobles.—

—Se protegen

entre sí; pronto vereis
cómo burlando á la plebe
consiguen que al fin se libre
Don Alvaro de la muerte.

—¡Degollar á un grandel! ¡cáspita!
¡sucede tan pocas veces!

—¡Y yo que tengo en la plaza
sitio desde donde verle!

—Irá gallardo.—

—No tal.

—Sí tal.—

—No se desesperen,

que no irá de ningun modo
faltando quien le degüelle.

—Castrillo ha dejado un hijo
que tiene edad suficiente
para reemplazarle.—

—Justo.

—¿Mas no sabeis que hace dengues
al oficio?—

—Nada importa.

—La ley le obliga á ejercerle.

—¡Qué lástima! ¡es tan galán!—

Este arranque inconveniente
de una jóven que escuchaba
confundida entre la plebe,
con silbidos y con pullas
se acogió unánimemente.
Avergonzada la moza

logró en salvacion ponerse,
y otra vez volvió la turba
mas compacta y mas solemne,
á ocuparse del asunto

que tanto interés le ofrece.—

—Amigos,—con voz robusta

gritó un cortador de siete

piés de estatura y de formas

atléticas—me parece

que se pierde el tiempo: en tanto

que gritais como mugeres,

se pone en salvo el rapaz,

y no habrá quien dé la muerte

al Condestable.—

—No, no;—

bramó la turba.—¡A prenderle!

—Sepamos si está en la casa.—

—Que salga.—

—Que se presente!—

Y cual de resorte oculto

movido el grupo rebelde,

á la puerta de Castrillo

se arrojó impetuosamente.

Esta se abrió al tiempo mismo

y apareció en sus dinteles

con la faz desencajada

un mancebo casi imberbe.

—¡Ahí está!—

—¡Quiere escaparse!—

gritó la canalla al verle.

Con desesperada angustia,

como fiera á quien se tiene

acorralada, y un flanco

busca por donde meterse,

tendió el jóven la mirada

á su alrededor, y al verse

cercado por todas partes

de la alborotada plebe,

sobre ella airado se arroja

y abrirse paso pretende;

mas de aquel supremo esfuerzo

rendido, cual masa inerte

cayó en tierra el desgraciado.

La multitud se disuelve

al ver entrar por la calle

una legion de corchetes,

y contemplando la escena,

la tradicion nos refiere

que el buen compadre Garduña

rió silenciosamente.

(Continuará.)

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

JEROGLIFICO.



Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.